ATENEO DE CADIZ,

CIENTIFICO,

ARTISTICO Y LITERARIO.

Album

DEL 26 DE FEBRERO DE 1859.

CADIZ.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA.

1859.

RESEÑA

DE LA

SESION CELEBRADA EN LA NOCHE DEL 26 DE FEBRERO,

DEL AÑO DE 1859.

Llenos los salones de que la sociedad dispone, de una concurrencia tan escogida como siempre, y mayor aun que otras veces, puso la Academia de Declamacion en escena el graciocioso juguete en un acto titulado, *Un Diablillo con faldas*, abriendo así la marcha que continuó la Academia de Literatura, y volvió á cerrar aquella, con la tambien graciosa comedia en un acto titulada *Como Marido y como amante*. Nuestros lectores conocen ya á cuantos tomaron parte en la sesion dramática porque de ellos hemos hablado repetidamente, à escepcion del Sr. Navarro quien inauguró sus trabajos ante la sociedad, con la egecucion muy distinguida del papel de Federico en la última de las indicadas piezas. La Academia de Declamacion estuvo dignamente representada por las señoritas Delgado y García, y los señores Navarro. Aguirre etc. y la Academia de Literatura dió un agigantado paso en la senda que se tiene trazada, con la lectura de composiciones cu-

yo mérito no desvirtuaremos, con encomios apasionados, dejando á nuestros lectores que juzguen por sí, robusteciendo las esperanzas que seguramente tendràn formadas acerca del lisongero porvenir de una Academia que al empezar, se coloca á tan noble altura.

Debiendo dejar espacio á la insercion de las composiciones, añadiremos solo, que al frente de todas colocamos una manifestacion del Sr. Arrambide, corresponsal de la Academia en Granada, persona dignísima cuyo elogio fuera inútil cuando ha de leerse al momento su magnífica *Oda á la reproduccion,* trabajo que honrando á su autor, no honra menos á la sociedad que en su seno lo cuenta. La forma que damos al presente número nos impide entrar en consideracion que otro dia espondrémos, limitándonos por hoy á consignar nuestra gratitud al Sr. Arrambide por la prontitud y la manera digna con que ha correspondido al llamamiento de la Academia.

Miguel Ayllon y Altolaguirre.

MANIFESTACION

AL ATENEO ARTISTICO, CIENTIFICO Y LITERARIO

DE CADIZ,

POR EL SOCIO PROFESOR

DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA DEL LICEO DE GRANADA

D. JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

Al llegar á mis manos el lindísimo Album científico artístico y literario del Ateneo de Cádiz, correspondiente al 22 de enero de este año, que debí á la memoria, y amistosa y finísima correspondencia de mi querido deudo y amigo el Sr. Don Adolfo de Castro, se elevó mi alma y se dilató mi corazon con todo el vigor de la juventud, y se renovó en mí aquella imágen halagüeña, ó la memoria de aquellos dias venturosos en que gozaba las delicias de mi ciudad natal; aquellos dias en que engolfado en un mar insondable de percepciones y en medio de mis afanosos estudios, fuí uno de los fundadores de la primera Academia científica y literaria que vió la luz pública en aquel amenísimo recinto, á semejanza de la que brillaba en Sevilla con sus esclarecidos y eminentísimos oradores y poetas los Blancos, Reinosos, Listas, etc. etc. y concurrí á colocar la primera piedra del edificio de la cultura y de la ilustracion con mis inolvidables consocios y amigos D. José de Rocas, D. Antonio Alcalá Galiano, D. Luis de Santiago, D. Manuel de Larrabiedra, y otros que aunque en los primeros albores de su edad, y á las puertas del saber,

impulsaron y llevaron á efecto aquel pensamiento, que produjo frutos aunque débiles dignos de la admiracion pública.

Durante la guerra de la independencia, en el segundo sitio de Zaragoza donde tuve la dicha de encontrarme, y cuya cruz honra mi pecho, y en el transcurso de mi larga y afanosa carrera, no se han borrado de mi imaginacion aquellos dias felices y afortunados, y la ínclita ciudad de Cádiz há ocupado constantemente un lugar predilecto entre todas mis afecciones; y he contado los instantes que la suerte me há proporcionado la incomparable dicha de pasar en mi queridísima ciudad, como los mas gratos, dulces y apacibles de mi ecsistencia.

Ha corrido el tiempo; ha pasado como un humo pavoroso que cubre la atmósfera, hé terminado mi camino, y en la actualidad descanso á la sombra de mi honrado proceder; y sin embargo aun permanezco entregado á cuanto la aficion al estudio puede lisonjear al hombre, formado entre las bellísimas armonías que duran hasta los últimos y azarosos momentos de su eximia y acelerada carrera.

La juventud, ese hermoso periodo de la vida, ese primer albor, donde todos los sentimientos ó sensaciones se hallan en flor, donde lucen y brillan las mas puras y delicadas impresiones, donde se respira con la mas amplia y cumplida libertad, y en la que se fijan para no desaparecer en el curso de la vida las inclinaciones, y las costumbres que nos elevan ó nos agravan en la sociedad, debe recoger el fruto delicioso que le ofrece esa instalacion encantadora; y contemplar, poseida del mas grato reconocimiento á sus dignísimos promovedores, dejando á la edad madura y á la dilatada esperiencia los gratísimos recuerdos, el envanecimiento y la gloria de haber trazado y establecido un camino tan florido ameno y delicioso, ya que no le sea dado ofrecer ejemplos saludables con sus producciones débiles y descoloridas.

No obstante: dice el célebre Heger en su tratado de Estética «que la contemplacion del universo, y la relacion del espíritu con las cosas de este mundo, convienen mas á la vejez, que á la juventud, porque en la vejéz indudablemente ecsisten aun los intereses de la vida, aunque no con la vivacidad ardiente de las pasiones juveniles, que yo siempre he admirado, y como las sombras en los cuadros, presentan los objetos mas fácilmente á las consideraciones del pensamiento comparativo que desea ó que ecsige el arte: debe pues considerarse la vejéz, con tal de que conserve la energía del pensamiento y del sentimiento, como la epoca mas madura.

Solamente al viejo Homero, al viejo ciego, se atribuyen esos poemas admirables que han llegado, como su nombre, hasta nosotros; y Goethe en su edad avanzada, produjo lo que tienen de mas sublime y elevado sus poesias.»

Yo en mi reducida inteligencia, animado por tan eruditos y sapientísimos principios, no he dejado mi aficion á las letras, y he procurado dulcificar las penalidades particulares de mi situacion con la práctica de trabajos que siempre tendrán el mérito de la perseverancia, la aplicacion y la influencia de la antigüedad clásica.

A las luchas y á las agitaciones de la vida, siempre sucede un estado comparativo de reposo, y este es cabalmente en el que disfruto en la actualidad el sosiego y los bienes mas preciosos de la ecsistencia: empero, aleccionado en la escuela del saber, no podré nunca permanecer ocioso á la vista del engrandecimiento de mi patria, y al contemplar los luminosos dias de gloria que le ofrecen esos brillantísimos establecimientos, que cual el Ateneo, se levantan en su seno, como un emblema de grandeza y de magnificencia; y al felicitar con lo mas íntimo de mi corazon á la esplendorosa juventud que forma tan distinguida asociacion, y á su dignísimo presidente, me atrevo á ofrecerle la adjunta oda al Amor Paternal ó á la Reproduccion, como una debilísima prueba de mi alta consideracion, admiracion y respeto.

ODA.

AL AMOR PATERNAL O A LA REPRODUCCION.

DEDICADA A LA ACADEMIA DE LITERATURA DEL ATENEO DE CÁDIZ, POR DON JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

¿Ni qué sabe de amar el que no mira
Cabe el vergel florido reclinado
El fruto idolatrado
A que dió el ser y aliento que respira?

¿Cuál fué, pueblos del orbe! el don divino
Que recibió el humano
De la potente mano,

Cuando de bienes y delicias lleno
Lo formó del humilde y bajo cieno?
¿Cuál fué, mas que la luz grata á los ojos;
Mas que el concierto armónico al oido;
Y mas que el ámbar y la miel hibléa,
Al gusto y al olfato lisongero?
Responded: responded: el mundo entero
Del inefable bien testigo sea
Repitiendo gozoso,
«De su reproduccion el bien precioso.»

¿Sin él qué fuera el mundo?
Hórrida soledad: mustio collado,
Flor inodora: páramo infecundo:
Yermo á silencio eterno condenado.

Fué el hombre y desde el alto promontorio
Absorto mira la fecunda tierra;
Mueve la firme planta,
Y ufano se adelanta
Contemplando risueño cuanto encierra
El ámbito estendido: y se ve solo
Rey y señor del uno al otro polo.

¡Cómo admira la luz! cómo del cielo
¡Absorto observa el transparente velo,
Y el iris sacrosanto,
Que de la noche cubre el negro manto;
y á Febo que se inclina,
Y su luz presta al rostro de Lucina!
Su pecho se dilata
Cuando la pura linfa que retrata
Al alto abeto y tilo magestoso,
Llega al labio ardoroso;
Cuando las gratas y halagüeñas flores,
Le ofrecen sus perfumes y colores;
Ora admira del sacre el raudo vuelo;
Y del gamo la rápida carrera;
Y en ardoroso anhelo
Vaga; cuando la dulce compañera
Mira absorto á su lado,
Y á amor conoce en ella enagenado.

Su lindo aspecto, su ademan sencillo,
Su gracia y gentileza,
Contempla sin cesar, y el dulce brillo
De sus divinos ojos,
Que ofrecen en tributo á la belleza
Entre blandas caricias sus despojos:
Admira de su pecho
La grata morbidez que al alma mueve,
Y su recinto breve
A su ardiente volcan le fuera estraño:
De su cabello de oro
Mira estasiado el sin igual tesoro,
Do el aura se recrea;
Y por sus hombros y su espalda ondea;
Y en sus orbes nevados
De blanca espuma, ó de marfil formados:
En sus mejillas que el pudor colora,
Halla las rosas del Abril mas bellas,
Y el labio conyugal estampa en ellas
Rendido á tanto bien que humilde adora.

Tal fué del hombre el delicioso empleo;
Amar y merecer: gozar un dia
Todo aquel bien que con nacer alcanza;
¡Mas ay! que dentro ardia
De su agitado seno, otra esperanza;
Otro anuncio feliz: otro deseo.
¿Y cuál es este bien que clama ansioso?
¿Cuál este bien que el corazon esconde?
Mas ya el orbe responde,
Y repite gozoso
«De su reproduccion el don precioso.»

¡Almo placer! ¿qué vale
Comparado contigo ese esplendente
Solio dó impera el hombre? ¿ese torrente
De riquezas sin fin, que dentro encierra
De sus entrañas la fecunda tierra?
¿Ni qué sabe de amar el que no mira
Cabe el vergel florido reclinado,
El fruto idolatrado
A que dió el ser y aliento que respira?

¿Qué amor no cede á tu celeste imperio,
Dulce amor paternal? ¿Qué amor no inclina

Libre de la cadena y cautiverio
Su orlada frente ante tu faz divina?
Tal en la noche oscura
De lucientes estrellas tachonado
Brillar se mira el alto firmamento,
Y de su lumbre pura
El trémulo fulgor al mundo envia
Para imitar el esplendor del dia,
Hasta que el sol radiante le sucede
Y á su luz, toda luz al punto cede.

Cede; y apenas los sus bellos ojos
Abre el hijo al nacer, ¡ó cual palpita
Dentro del seno el corazon amante
Y en aquel mismo instante
Como en él se recrea
Y gozoso se emplea
En bendecir su imágen adorada
El tierno padre en su feliz morada.

Y vuela el tiempo; y á la par se anida,
Se vivifica, desarrolla y crece
Entre halagos y juegos:
La cándida inocencia con sus dones.
Orna su frente, y en su seno alienta:
Todo es gozo y placer: cada palabra
Cada sonrisa el alborozo aumenta,
Y nueva dicha, y nuevos gustos labra.

Hasta que orlada de vistosas flores
La dulce primavera de la vida,
De los blancos amores
Y las gracias seguida,
Descorre el grato y transparente velo
Y el azul muestra de su hermoso cielo.

Agil, altivo, ufano, cual el cisne
Que el cristal puro del estanque undoso
Agita, y ora se hunde, y presuroso,
Vuelve y se enseñoréa,
Y en derredor ondéa
La linfa que en mil círculos se estiende,
Mientras que él vuela ó gira,
Y gozoso respira,
Y entre la blanca espuma
Mas blanca brilla su nevada pluma;

Que asi el amor paterno ledo ofrece
Fuente perenne del amor mas puro,
Y en tanto bien seguro
El galardon de sus afanes crece.

Cual el arbusto tierno combatido
Por el noto aterido,
Solo debe al cuidado
Del hábil jardinero
Crecer erguido y de verdor poblado.
La sabia educacion lo lleva y guia
Por la dificil via,
Del mundanal tumulto, y le conduce:
Ora en el Foro luce
Intérprete de Témis poderosa,
O en la lid ardorosa
Es de la patria impenetrable escudo,
O ante las aras de Jehová divino
En mas feliz destino
Vive apartado y de ambicion desnudo.

Y cuando el caro padre, entre los brazos
De la adusta vejez la cana frente
Doblega y busca en sus amantes brazos
Báculo, apoyo, y plácido consuelo,
Muestra orgullosa á la veloz corriente
Que lo arrebata del liviano suelo
Y que en vano á borrar su nombre aspira,
El digno descendiente donde mira
El padron que conserva su memoria:
La inmarcesible gloria
Que en su amoroso corazon respira.

Plácida y lisongera
Al terminar su rápida carrera,
Es la muerte á sus ojos.
Si el hijo idolatrado
Estrecha el cuerpo helado,
Y con su llanto riega sus despojos;
Que el amor paternal con dulce llama
Hasta el postrer suspiro el pecho inflama.

Juan Miguel de Arrambide.

AL PODER DEL AMOR.

CANCION.

Génio de la poesía
A tí dirijo mi ferviente ruego,
Préstame tu armonía,
Dáme tu sacro fuego,
Para cantar de amor el poder ciego.
Revélame el arcano
De la inspirada Safo, el dolorido
Acento del Mantuano,
Cuando cantó sentido
La suerte infausta de la hermosa Dido.
Oh Taso sin ventura!
Templa de nuevo tu acordada lira,
Préstame la dulzura
Que tu númen respira
Cuando de estro y amor, vago delira.
Llévame á los confines
Del Asia, dó mi mente enardecida
Recorra los jardines
Donde á amar nos convida
La dulce voz de la hechicera Armida.
Allí veré al guerrero
Reinaldo, ya depuestos sus rigores,
Trocado el ceño fiero
Coronado de flores
El cántico entonar de sus amores.
Tú, que morir hiciste
Á Leandro en las olas del Egeo,
Que en traidor convertiste
Al hijo de Peleo,
Y salvaste la vida de Teseo,
Tú, Amor, á cuyas leyes
Se rinde de los pueblos el destino,
Impones á los reyes
Tu yugo peregrino,
¡Y quién resiste á tu poder divino!

El arco de oro tiendes,
Parte ráuda la flecha voladora,
Y el puro seno enciendes
De la vírgen que ignora
El nombre de su llama abrasadora,
Luego tu mano hiere
Al adusto guerrero que se irrita,
Y en vano luchar quiere!
Su corazon se agita
Y el pecho rebosando amor palpita.
Y el sábio cuidadoso
Que en sus graves estudios ocupado
Te desprecia orgulloso,
Ya se mira asombrado
En tus redes ¡oh Amor! aprisionado.
Por do quiera que miro
De tu eterno poder hallo señales,
Pero de qué me admiro!
Vasallos naturales
Fueron tuyos los Dioses inmortales.
Ya te acoges osado
Al seno virginal de Onfalo bella
Y Hércules afamado,
Delirante por ella
Tege á los pies de la gentil doncella.
Ya remontas el vuelo,
Sacudiendo la aljaba resonante,
Miras al rey del cielo,
Y conviertes amante
En blanco cisne á Júpiter tonante.
Dime, niño inhumano,
Donde se oculta el inmortal secreto
De ese yugo tirano
Al que miro sugeto
Hasta el cielo sumiso á tu decreto!
Mas no, no digas nada,
Deja que sufra el corazon altivo
La cadena dorada
A que amarrado vivo
De amor, sin esperanza, fiel cautivo.

IMPERIAL IQUINO Y CABALLERO.

CROQUIS TRAZADO GROTESCAMENTE.

Soy un ente metafísico,
tan risible y espasmódico,
con tal aspecto de tìsico,
que por el precio mas módico
nadie comprara mi físico.

Es constante en mi faz rígida
cierto tinte melancólico,
entre lúgubre y diabólico,
que á oscuras y en noche frígida,
el verme produce un cólico.

Y si observas analítica,
tanta sinuosidad gótica,
cual puebla mi cara ecsótica,
ha de aclamarla tu crítica
por la faz mas estrambótica.

Mis piernas, cordones jónicos
siguen en su forma unánimes;
y aunque parezcan ecsánimes,
en riña de efectos tónicos,
son para correr grandánimes.

Terminando el panejírico,
que es mi voz cual la del tábano,
podrá decir el satírico;
pero no me importa un rábano,
porque nunca he de ser lírico.

Y aquí de mi porte escuálido
concluye el resúmen ético!
y aunque bosquejo muy pálido,
yo garantizo que es válido,
si alguien juzga no es sintético.

Mostré, sociedad amable,
de mi persona ruin,
el fidelísimo croquis
diseñado de perfil.
De mis *defectos* morales
hacer me resta el listin,
para dar la última mano
á este boceto pueril.
Mas son mis defectos tales,
y tan estensos, que aquí,
no hay espacio que contenga
descripcion tan *incivil*.
Por lo tanto ceñiréme,
pues algo debo decir,
á narrar de mis defectos
el *capital*: hélo aquí.

Aunque mi porte
es tan raquítico,
aunque mi rostro
parezca un dístico,
gusto de niñas,
mucho! muchísimo!

El secso bello
es mi delicia!
yo le idolatro
con alma y vida!
Me despepito,
me dá icterícia,
si ven mis ojos
de alguna niña,
el *lindo* talle,
la boca *linda*,
divinos lábios,
frente *divina*,
ojos *hermosos*
de *hermosas* niñas,
pulido cuello,
mano *pulida*
¡y otros primores
que me electrizan!
los cuales callo,
porque no digan,

que á sus hechizos
paso revista,
sin que un su acuerdo
me lo permita.

Niñas, jamonas,
viejas espárragos,
querubes lindos,
brujas del báratro,
yo os amo á todas
cual necio páparo.
Que sois las hembras
riffeños cárabos,
que cautiváran
mi tosco fárrago
desque viniera
al mundo tráfago.
Mas me persigue
funesto sino!
Todas se espantan!
y hay un *conflicto*
si mis amantes
ansias les digo!
En otro tiempo...
(cuando chiquito)
por mis pedazos
se hacian añicos!
Me acariciaban
con dulce mimo,
y en su albo seno
era adormido!
Cual me arrullaba;
cual cien besitos,
¡oh qué delicia
daba en mi hocico!
Yo entonces era,
blanco, rubito,
tan sonrosado,
cutis tan fino,
tan bella boca,
tan mono y lindo,
que era un encanto,
un dulce hechizo!

¡Cual me ha trocado
sino maléfico!
Hé aquí la causa
del miedo tétrico,
que infiere á todas
mi amor famélico.

Bello auditorio, he mostrado
mi culminante *defecto*,
si juzgaisle gran pecado,
reunid *consejo* al efecto.

Y si penan leyes sanas,
ser perro de *muchas bodas*,
sentenciadme, gaditanas....
¡á verme amado de todas!

José Moreno de Fuentes.

A LAS GADITANAS.

Como nube que indecisa
se contempla columpiar
en las alas de la brisa,
gentil Gades se divisa
sobre los hombros del mar.

Casta y tímida doncella
de hermosura el rostro ufano,
que á estrecharla entre su mano

codicioso se atropella
el decrépito océano.

¿Quién eres, vírgen dormida,
sobre lechos de cristal?
¿Le debes al sol tu vida?
ó fué tu primer guarida
la morada celestial?

Son tus hijas el vergel
que eterno perfume lanza,
en donde à besar se alcanza
sin una espina cruel,
la rosa de la esperanza.

Para gala de su frente
lucen áureos cabellos,
que la aurora sonriente
les doró con sus destellos
al despertar en oriente.

Aéreo el talle gentil
sobre el cuerpo balancean,
como nardo en el pensil
que las áuras galantean
entre las risas de Abril.

Son sus ojos un fanal
de tan mágica hermosura,
que en él solo halla el mortal
la fuente de su ventura
del mundo en el arenal.

En sus megillas de rosa
con la nieve à competencia,
eternamente reposa
sonriendo de inocencia,
la primavera amorosa.

La viva llama que esplende
en mitad de su carrera
ese sol que el cielo hiende,
es imàgen de lá hoguera
que sus corazones prende.

Son las ninfas que espantadas

del fragor que mueve Atlante
con sus ondas alteradas,
vinieron aquí escapadas
á encantar al navegante.

Son huríes que á este suelo
bajaron en claro dia
desde la region del cielo,
para calmar á porfia
del mortal el desconsuelo.

¿Veis una tarde tranquila,
espirante ya el estío,
cuando del sol la pupila
como un inflamado rio,
cayendo en la mar, rutila;

Y escuchais luego el murmullo
de un arroyo en la pradera,
que la brisa placentera
de sus soplos al arrullo,
va empujando su carrera;

Y mirais tender el vuelo,
de una en otra yendo en pos,
mil nubes de blanco velo
que cual hálito de Dios
se deslizan por el cielo;

Y oís de las castas flores
la despedida postrer,
que en rico ambiente de olores
pronuncian con voz de amores
sus frentes al esconder?

¿No siente entonces el alma
misteriosa una inquietud,
que arrebata nuestra calma
cual los ecos de un laud
al pié de arabesca palma?

Ese vago sentimiento
esfuerza el pecho á latir
de aquel que os mire un momento,
indiferente ó atento,
bellas hijas de Gadir.

Por eso cuando la hirviente
cabellera el sol desata
en su alcázar del oriente,
su primer sonrisa grata
os dirige complaciente.

Por eso luna galana,
que un eterno amor suspira,
tan blanda tristeza inspira,
porque es ella vuestra hermana
que á su lado nunca os mira.

Por eso en brazos de Eolo
la ruda mansion quebranta
que entre hielos alza el polo,
la mar altiva, tan solo
por besaros vuestra planta.

Y por eso cuando el trueno
de su voz brama arrogante,
preñado de horror el seno,
al mirar vuestro semblante
el suyo torna sereno.

La noche de la tristeza
aquí no encuentra mansion,
pues la ahuyenta con presteza,
como á una nube, aquilon,
la luz de vuestra belleza.

Amor vuestro labio enciende,
los ojos brindan placer,
cuando la atmósfera hiende
vuestro acento, por do quier
grata música se estiende.

Que al mirar vuestra hermosura
estasiado el mismo cielo,
la rosa de la ventura
os cedió para consuelo
en aquesta tierra impura.

Gaditanas, donde quiera
que la muerte despiadada
ponga fin à mi carrera,

haced que vuestra mirada
contemple yo la postrera.

Andres G. de Gaviria.

A LAS FEAS.

No siempre á la simpática hermosura
Ha de ofrecer veneracion mi lira,
Que si canto á las bellas la tristura
Nace en mi corazon y el alma espira.
No me quiero morir, anhelo holgura:
A reir y á gozar. ¡Todo es mentira!
Y sin saber de fusas ni corcheas,
Un canto he de entonar hoy á las feas.

Yo que en el mundo con incierto paso
De la constancia en pos corrí afanoso:
La busqué en la hermosura y no *hubo caso*;
La busqué en el amor, bien hice el *oso*,
Y al dirigir mis quejas al Parnaso,
Oí un acento dulce y cariñoso
Que con blanda ternura me decia:
«Poeta, la fealdad nunca varia.»

De entonces la fealdad venero y miro
Como modelo de constancia hermosa,
Por fealdad desde entonces yó deliro,
A la fealdad encuentro yo gráciosa

Y belleza sin par en ella admiro.
Modelo de fealdad será mi esposa;
Y por si alguna entrar quisiere en trato
De la esposa que busco haré el retrato.

Yo quiero una muger de poca alzada,
(Para vestirla con poquita tela:)
Yo quiero una muger bien educada,
(Y que á dinero ó que lo valga huela:)
Yo la quiero tambien muy aseada
Y quiero que no tenga parentela.
La quiero jorobada y con gran seso
Para que sea una muger de peso.

Su espesa cabellera ha de ser roja,
Pero le encargo que ha de estar pelada:
Tambien á mi capricho se le antoja
Que ha de tener por boca una ensenada;
La quiero tuerta, cejijunta y coja,
Y que en vez de nariz tenga una espada.
Quiero que se parezca toda á un mico,
Quiero que de fealdad sea lo mas rico.

Mas en vano es mi afan, loco mi anhelo:
No existe el ideal de mis amores
Y menos existiera en este suelo
Do solo admiro perfumadas flores.
En Gades, de hermosura rico cielo
Donde belleza ostenta sus primores....
Mas.... por si acaso algunas feas hubiere
Escuche mi opinion la que lo fuere.

No os dé pena apurar las agrias heces
De lo que el mundo en su quimera vana
Fealdad llamára infinidad de veces
Sin mas ni mas; porque le dió la gana.
Sufrid de la fortuna los reveses
Teniendo la conciencia siempre sana,
Porque el hombre, voluble y caprichoso
Cuando ama feo le parece hermoso.

EDUARDO GALLUZZO Y MARTINEZ.

AYES DE UN POETA.

Cual peregrino triste, amoroso,
que en vano busca dicha y reposo,
del mundo cruzo la senda errante . .
tras seductora
muger amante.

Nací en la perla de Andalucía,
ciudad que azota la mar bravía,
á cuyas plantas rugiendo loca
tórnase esclava cuando las toca.
Ciudad risueña, mansion de amores
aunque no ostente vergel ni flores
tiene hijas bellas, puras, rientes,
de alarbe raza, de ojos ardientes,
cuyas miradas, cuyos destellos
si amantes miran, matan con ellos.

En ese suelo, desde la infancia,
vivo muriendo con mi deseo,
que el mundo todo con su arrogancia
es á mis ojos débil pigmeo;
yo aquí en mi pecho, dentro del alma,
guardo infelice todo el tesoro
de amor primero, de vírgen palma
para la ingrata que tanto adoro:
mas ay! en vano de amor suspiro;
¿do está la hermosa por quién deliro?

Llorar siempre en secreto
es mi esperanza,
y á mi dolor sugeto
mi fin avanza;
ay! que no es vida
la que á pena y quebranto
solo convida.

¿Quién es el hombre que así padece?
¿Quién el poeta que amor ofrece?
nadie lo ha visto pulsar la lira;
á solas canta,
solo suspira.

La vida sin amor solo es de un dia,
que envuelta en el nacer, và su agonía;
amarillento sol de invierno crudo;
planta espuesta al furor de ábrego rudo;
flor que no aspira el matinal rocío;
árbol sin hojas, y sin cauce rio;
ave sin nido y sin timon barquilla;
estéril arenal, desnuda orilla;
ser cuya planta débil é insegura
mueve por el desierto en noche oscura.

Por eso lucho desesperado,
con los rigores de negro hado,
y en vano espero que un nuevo dia
rompa la noche
de mi agonía.

Con mis tiernos cantares
nada consigo:
de mis crudos pesares
nadie es testigo:
¡ay! desdichado,
debiste morir antes
que haber amado.

Escucha, hermosa, de mi querella
los tristes ecos de amargo duelo,
y en ese rostro brille una estrella,
que yo á su rayo vislumbre un cielo.
Por largo tiempo de mis dolores,
todo lo intenso sentí en el alma,
pues me robaste con tus rigores
mi dicha toda, toda mi calma:
mas si á tu pecho piedad le queda,
deja que amada llamarte pueda.

Yo tu amor necesito
porque es mi vida;
yo tu amor solicito
porque es mi egida;

que al ver tus ojos,
ríndese el hombre esclavo
de tus antojos.

Es el poeta planta maldita,
si nadie acoge su amante cuita,
que no dá fruto, sombra ni flores;
y esa es mi vida
sin tus amores.

PEDRO SAÑUDO LOUSTALET.

~~~~~~~~~~~~~~

EL CASTIGO DE UN MAL JUEZ.

DICIEMBRE DE 1453.

ROMANCE HISTORICO.

Por la màrgen del Pisuerga
se divisa un caballero,
todo gala en el vestido,
y el semblante macilento.
Jugueton airosamente
es su caballo altanero,
como aquel que vá ostentando
de oro y flores los arreos.
Allí camina à galope,
vence en ligereza al viento:
~~~~~~~~~~~~~~

su señor lleva por alas
sus plumas y sus cabellos.
Apenas la tierra siente
de las pisadas el eco,
cuando la arena levanta
à la faz del caballero.
Nubes son con que le cerca,
nubes con que juega el céfiro:
favor al que hizo á las nubes
dosel de sus pensamientos.
En su carrera le ayudan
esperanzas y deseos;
mas tambien lo precipitan
terror y remordimientos.
Es Juan Velazquez, Velazquez
del rey don Juan consejero,
uno de los doce jueces
que espanto á Castilla dieron:
Los que à muerte condenaron
por odio vil ó vil premio
á don Alvaro de Luna,
despues del rey, el primero.
El cuchillo, que al Maestre
cortó para siempre el cuello,
clavóse desde aquel punto
de Velazquez en el pecho.
Al pié del cadalso juzga
que está en cadenas su cuerpo,
y su sombra es la que corre,
su sombra la que va huyendo.
¡Huyendo! y vuela á casarse
con doña Luz de Acebedo,
hermosa, á cuya pintura
no halla voz el pensamiento,
Tras sí arrebata los ojos,
tras los ojos los deseos:
corazon y voluntad,
y aun la vida con aquellos.
El amor de Juan Velazquez
atrás dejaba los tiempos,
y á vivir se adelantaba
su mente en lo venidero,
Así su felicidad
tan antigua era en su pecho,

que á instantes le parecia
no esperanza y sí recuerdo.
Velazquez en su carrera
detiene al bruto ligero:
cerca ha sonado un clarin,
clarin que respira fuego.
El caballo al son responde
con un relincho violento:
embravécese y Velazquez
puede apenas contenerlo.
Eriza la crin, aguza
las orejas, alza el cuello,
y aventando las narices,
echa espuma y muerde el freno.
A las puertas ha llegado
del castillo de Acebedo:
pages, vestidos de luto,
lo reciben sin su dueño.
Un anciano se le acerca,
venerable en el aspecto,
con la tristeza en los ojos,
con la voz en el silencio.
Al fin le dice: «Engañado
«venis, señor: idos luego:
«las bodas, que aquí aplazásteis,
«bodas serán para el cielo.
«Hoy vuestra esposa ha espirado:
«Dios con los brazos abiertos
«la recibió; que en su cruz
«ella clavó el pensamiento.
«De sepulcro y de pirámide
«le servirá un monasterio,
«de corona las estrellas
«y las flores de trofeos.
«En mármol se verá escrito
«con una pluma de hierro
«su nombre, que guardarán
«los ángeles y el respeto.»
Velazquez dá un grito agudo;
deja el caballo y frenético
al buen anciano atropella
y á los pages y escuderos.
Corre, llamando á su amada,
de aposento en aposento,

con voz que empiezan sus labios
y acaba el eco del eco.
Encuentra al fin el cadáver
de su idolatrado dueño,
que pretendió hacer hermosa
aun á la muerte en su lecho.
Se hablaron confusamente
en este instante tremendo
el cadáver y el espanto,
el amor, y el caballero.
Vió en su mismo original
del desengaño el aspecto:
mudo Velazquez é inmóvil
quedó así por breve tiempo.
Al cadáver un relámpago
alumbra en aquel momento:
tambien alumbra á Velazquez
en su razon casi muerto.
Alza los ojos y mira,
si mirar puede, un objeto
que sobre el cadáver vaga
acompasado y sangriento.
De don Alvaro de Luna
es la cabeza: severo
contempla allí los dolores,
contempla allí los tormentos
De aquel juez que decidiera
á los demás con su ejemplo,
y en su dicha ya difunta
ve el cadáver mas horrendo.
Don Juan insensible queda,
erizados los cabellos,
cual serpientes que se enroscan
ó con furor ó con miedo.
La vista del rostro es rayo,
que entra por su entendimiento,
y dá vueltas repetidas
hasta esconderse en su seno.
Llámanlo pages y amigos,
que no ven lo que está viendo:
sordo Velazquez se hallaba
á sus continuos acentos.
Lo mas del alma tenia
fuera de su propio cuerpo:

para volver á cobrarla
ha menester fuerza y tiempo.
Torna en sí: sobre el cadáver
palpitaba su escarmiento:
muerde con terror su lengua,
rásgase con ira el pecho.
Huye de aquel espectáculo:
la vision lo vá siguiendo:
monta á caballo y tras él
la vision vá por el viento.
Ciérrase al punto la noche
con su manto mas tremendo:
sale de la selva el noto,
entre las nieblas envuelto.
La escarcha cubre sus alas,
y por dó quier và su vuelo
resonando tempestades
y granizos sacudiendo.
No sabe dó están las riendas
el infeliz caballero:
á las crines corre asido
y el rostro hácia atrás volviendo.
Llama á la muerte y presume
que aun lo desecha el infierno
con los rugidos que forma
en su cabellera el viento.
Su caballo derribado
lo arroja á un lugar funesto:
es de San Andrés la ermita,
de ajusticiados entierro.
Don Alvaro allí reposa;
y el juez temblar siente el suelo,
cual si sacudir quisiera
de sus delitos el peso.
Juan Velazquez de rodillas,
imágen del desconsuelo,
pide contra sí venganza,
que es el único remedio.
Al aire de sus suspiros,
al aire de sus acentos,
en nubes mil se levantan
las cenizas de los muertos.
Con ellas le dan en rostro
y en ellas él queda envuelto:

poco trabajo le cuesta
el alma soltar del suelo.
Mas en su horrible agonía,
en su impensado tormento,
le pareció que estrechaban
sus brazos un ángel bello.
Era su amante, su amante
que en un engañoso sueño
á la muerte parecido
aterró amigos y deudos.
Volvió en sí: ¡nunca volviera!
de don Juan temió el suceso;
que los amantes ausentes
se escuchan los pensamientos.
Corrió tras él, escoltada
por parientes y escuderos:
oyó sus quejas, la noche
las llevaba por el viento.
Sin perderse ni una sílaba
en suspiros de tan lejos,
el alma las repetia:
la ahogaba su mismo aliento.
Tarde llegó: no tan tarde
que el suspiro postrimero
no recojiese á su amado
con el mas fúnebre beso.
Marchito el rostro, sin lágrimas
secóse su sufrimiento;
y al alma huyó toda entera
la hermosura de su cuerpo.
Erigió Luz à Velazquez
suntuoso mausoleo,
con su estatua de rodillas
en cercano monasterio.
Una cabeza de mármol
puesta se mira en su centro,
cual padron de la sentencia
y para el vulgo misterio.
Con un manto blanquecino,
que era el luto de aquel tiempo,
junto á la tumba una dama
oraba, el rostro cubierto.
En lo inmóvil parecia
la estatua del caballero;

y tambien en lo insensible
el cadáver que habia dentro.
El mármol era sin duda
su continuo consejero,
y para mirar su rostro
el mejor de los espejos.
De doña Luz no se supo,
quedó el castillo desierto,
los amigos á otras sombras
y los criados con ellos:
Las almenas carcomidas,
lloviendo tierra los techos,
apuntalados los arcos
y los puntales cayendo:
Desbaratadas las puertas,
el patio de hortigas lleno,
las huertas y los jardines,
agostadas y deshechos:
Entre las piedras del muro
yerbas y flores naciendo,
en las grietas avecillas
entonando sus gorgeos:
De los señores los túmulos
solitarios y entreabiertos;
sin el polvo sepulcral
por las ruinas sus huesos:
Los blasones corroidos
por las lluvias y los vientos;
murallas sin centinelas,
cabras monteses sin dueño.
¡Palomas, que hácia sus torres
tendeis alegres el vuelo,
esta historia desdichada
gemid en arrullos tiernos!

Adolfo de Castro.

¿QUIÉN ES ÉL?

No puede ser mas sencilla
ni mas trivial mi querella:
que muera, á civil cuchilla
pasada, la muletilla
ó refran de *¿quién es ella*?

Esa insolente patraña,
que de un renegado vino,
para sembrar la cizaña
y encubrir la tiritaña
del género masculino.

Ocurre un desaguisado:
ya está la pregunta chusca
de *¿quién es ella*?; y sentado
que una muger lo ha causado,
solo su nombre se busca.

¡A la muger tal desprecio!
No! no! Si en trance cruel,
triste, criminal, ó necio,
à la verdad se dá aprecio,
pregúntese *¿quién es él*?

¡No me corten el resuello
con Eva y con las manzanas!
¿Quién duda, pensando en ello,
que tuvo lugar aquello
por ser Adan un *Juan Lanas*?

Si Eva á comer le invitó
de lo que estaba prohibido,
él, que culpable la vió,
¿por qué no la rechazó....
y hasta le pegó un bufido?

¡Por qué! Porque la señora
estaba muy consentida:
porque antes de aquella hora
Adan á la tentadora
no ató bien corta de brida.

No piensen pues desarmarme
con Eva y sus tentaciones;
lo que hago, sí, es irritarme
solamente de acordarme
de aquel varon sin calzones.

Ni haciendo indigesta gala
de erudicion y memoria,
me desarrollen la escala
de toda la muger mala
que reconoce la historia.

¿Qué valdrian citas tales?
¿Ecsistirá ni un chiquillo,
que á Dálila y sus iguales,
con sus pelos y señales,
hoy no conozca al dedillo?

Y despues de todo.... ¡qué!
¿Hubo esas mugeres? Nó....
tan mala ninguna fué:
lo afirmo y lo probaré:
mintió su historia, mintió.

Su historia es como el mensaje
diplomático y discreto,
donde, con cierto lenguaje,
al mas blanco personaje
se le hace ver gris ó prieto.

¿Por qué decir que *Florinda*
fué de la España el castigo?
¡Dónde hay escudo ni blinda

á quien el fuego no rinda
que le asestó *Don Rodrigo*!

Por judía y por liviana
muere *Raquel* sin responso;
pero su muerte villana
¿no acusa á la soberana
incontinencia de *Alfonso*?

Ana Bolena! ¿Habrá fama
que mas se pique y repique?
Pero si hubo en ella lama
¿qué pez se vió con la escama
y las agallas de *Enrique*?

¡Maldecir á *Elena y Dido*
por lo de Troya y Cartago!
Con tanto pillo reunido
lo mismo hubiera ocurrido
en Chipiona ó Buitrago.

Y ya que la historia, en iras
á la muger, se menea
sacándole tambien tiras
de las paganas mentiras,
¿por qué no se habla de *Rea*?

¿No tuvo tres perendengues
ver los afanes prolijos
con que su esposo, sin dengues,
se merendaba á sus hijos
como si fueran merengues?

Mas ella á fuerza de acucia
¿no moderó sus desbarros,
metiéndole con astucia
en vez de niños, guijarros
envueltos en ropa sucia?

¿Se hallará á tal muger daño
aunque la historia se escarne?
¡*Non plus* de valor y amaño!
¡Meterle chinos por carne
á un hombre de aquel tamaño!!!

Y con este redondéo
de los ejemplos el turno,
porque portento no veo
que iguale al escamotéo
de la muger de *Saturno*.

Y ya la historia dejando
sigo en mi empresa adelante,
esas cuestiones tratando
que hoy se les viene llamando
de *sociedad militante*.

Quiere el hombre, en su furor
de aparecer fuerte atleta,
rendir un rebelde amor;
y escoge el tipo peor
de la mujer: *la coqueta*.

Sabe que en tales antojos,
profesores y aprendices,
se dieron por muy felices
con perder solo los ojos,
las uñas, ó las narices.

No importa: fué gente enteca
que sin valor se desbanda:
(dice) y sonrie una mueca,
con aquella frase hueca
¡*en cayendo por mi banda*!

Salta á la arena, y despues
de un pugilato perruno,
tratándolo á puntapies,
le hacen observar que es
de veinte cólegas, uno.

¡Uno de veinte!.... No hay mas:
ya es razon que se convenza
y desista.... ¡Eso jamás!:
no echa un hombre paso atrás
en lid de poca vergüenza.

Sigue luchando, y al fin
se escapa pisoteado,
ó sale á son de clarin

público haciendo *el pasquin*
que conquistó.... de *casado*.

Si lo primero ¡es de ver
su fiero y brutal despecho!
Bombas tira á la muger
que la hundieran, á no ser
las tales bombas... de afrecho.

Si lo segundo, el demonio,
sus deudos y comensales,
regalan al matrimonio
espléndido patrimonio
de horrísonos temporales.

Y el hombre, todo prudente,
se tira al mar, y no habla;
ó en su muger clava el diente,
procaz, necio y maldiciente.....
que es el recurso de tabla.

Pero ¡ven acá maldito
sirviente de Belcebú!
¿Por qué con torpe apetito
juntas delito á delito,
si el solo reo eres tú?

¿Tú, por coqueta de fuste,
uno de veinte no eras?
Pues despues nada te asuste:
que te guste ó no te guste,
el olmo nunca dió peras.

¿Por qué tu dolor profundo?
¿Porque prefiere en sus prontos
á los de génio infecundo?
Para mugeres de mundo
son pan de gloria los tontos.

Si tú en conquistas de ancheta
donde van veinte al consumo
no entráras; sin pasto, á dieta,
la mas robusta coqueta
se evaporára cual humo.

Si aquel con arte ratera,

de ley tirana en consorcio,
casarse no consiguiera,
para la curia no fuera
tan pingüe renta el divorcio.

Pues si hubo accion afrentosa
en la jornada prolija
para un padre ¿quién tal osa,
llevará una buena esposa
robando una mala hija?

Viejo que hubiste, con plata,
esposa de quince y pico
¿qué ves en torno?.. una ingrata
y el diablo, en forma de mico,
metiendo en todo la pata.

No de tu amor con sermones
el de ella inflamar intentes;
ella, en su edad de ilusiones,
quiere el amor entre dientes,
no el amor entre raigones.

Quídam que vas maldiciendo
por nuestras calles, corriendo
desde el Herron à Sopránis,
mas contorsiones haciendo
que en percha los *Marianis*;

A tu muger no maldigas
si hoy en la calle te deja:
mas justo será que digas
que ayer, pobre y por intrigas,
la agarraste rica y vieja.

Ya ese es mucho diluir,
dirá algun censor adusto;
pero le debo advertir,
que va á crecer su disgusto,
porque ahora empiezo á decir.

Nadie negará que ha habido
hay y habrà, porque esto es obvio,
mugeres mil que han vivido
sin conocer mas que un novio:
este novio es su marido.

Pero ¿dónde hallar el hombre
que solo una novia cuente?
Si hay alguno, que se nombre:
aquí estoy yo, aunque se asombre,
para probarle que miente.

Y mentir solo, es de buenos,
de esa fraccion decimal,
que, siempre con ciertos frenos,
no estima los desenfrenos
por cosa superficial.

Los otros son esos *chuscos*
(los de nueve por decena)
que andando siempre en rebuscos,
para jugar lances bruscos,
tienen la mas rica vena.

Remedos de cabecillas
que gritan al pueblo ¡á mí!
y á expensas de sus costillas
ganan del poder las sillas
para gritarle ¡hasta ahí!

Donde ven flaca virtud,
promueven fermentacion,
y si alcanzan plenitud
de mando, claman... ¡quietud!...
¡basta de revolucion!

¡Miserables! ¡Con fermentos
bastardeais voluntades
y quereis sus movimientos
detener! ¿Quién sembró vientos
sin cosechar tempestades?

Y entre tanto la muger,
como en hombres no hay mejor,
no es mucho llegue á perder
el juicio, para escojer
entre el malo y el peor.

Y Amor, si algunas deshechas,
vé por pagarle tributo,

tira á los hombres sus flechas:
no todas salen derechas....
¡y cuantas pegan en bruto!

Por eso en toda jornada
de erótico desacuerdo,
se ven bichos de embsocada
y aquello de que *ruin cerdo*
saque la mejor tajada.

Y de aquí el haber resuelto,
los que en amor son doctores,
andar siempre á cuerpo suelto
esperando *á rio revuelto*
ganancia de pescadores.

¡Muger!... ¿por qué hombres arteros
hacen que así te acomodes?
Porque entienden altaneros
que à degollar trapaceros
no vendrá al mundo otro Herodes.

¡Oh... si viniera! ¡Qué acto
tan lúgubre y expiatorio!
. . . .
¡Y puede que nó!... El contacto
tal vez lo hiciera *ipso facto*
un nuevo don Juan Tenorio.

Por mas vueltas que le demos
al mismo punto venimos;
y á poco que nos juzguemos
cada cual y comparemos...
¡Señores' ¿no descubrimos.

La muger siempre la hechura,
el hombre siempre el hechor?
Siendo esta la verdad pura,
por mas que no tenga cura,
digamos... ¡Yo pecador!

¡Hombres, si no sois de palo,
repetid todos vosotros
lo que yo digo y propalo!
En la muger solo hay malo
lo que aprende de nosotros.

Que en nosotros, pues, se vean
la culpas, una por una,
de todas las que malean;
pero ellas.... ¡benditas sean!
¡no nace mala ninguna!

Y doy fin á mi querella,
donde sin vano oropel
la noble verdad descuella,
pidiendo que al *¿quién es ella?*
sustituya el *¿quién es él?*

JOAQUIN DE LARA.

A LOS SUSCRITORES AL PERIODICO ATENEO DE CADIZ.

Deseando que los Sres. suscritores reciban de una vez la reseña de la sesion del 26 de febrero, aumentamos número y medio del periódico y suprimiremos por lo tanto el correspondiente al jueves 10 del presente, quedando en beneficio de los suscritores el aumento de un pliego de impresion, y habiéndose dado la forma del anterior álbum á la presente tirada, como ha de hacerse en lo succesivo, á fin de que cada año pueda formarse separadamente un tomo en que se coleccionen poesías escogidas y reseñen los trabajos todos de las Academias.

Miguel Ayllon y Altolaguirre.